

Resumen

El presente trabajo plantea como núcleo central la cuestión del colonialismo y su lento retroceso desde mediados del siglo XX en el continente africano. *Frantz Fanon*, psiquiatra, escribe en plena guerra de independencia de su país y sostiene –haciendo un recorrido minucioso por los lugares comunes de resistencia de la población– que la desaparición del ocupante francés dará fin al *colonialismo en Argelia*.

La perspectiva histórica hoy se amplía y pasadas casi cinco décadas de la declaración de la independencia argelina la mirada de los sucesos merece una lectura diferente. Al cabo de los Acuerdos de Evian la instauración de un orden político estable y un régimen económico que tienda al desarrollo de la nación fue imposible. La victoria de la revolución parece no alcanzar porque a pesar de las rupturas existe un factor muy arraigado que le da continuidad a su antes y después.

Tan maña tarea requirió de las herramientas provistas por la *historia social* y la *sociología de la descolonización* para esclarecer desde un *trabajo multidisciplinario* si el verdadero legado del imperio francés fue la independencia argelina; y por qué no para empezar a preguntarnos qué va a dejar la retirada norteamericana en medio oriente.

Palabras clave: colonialismo, ocupación, independencia, África, Argelia.

El tema desarrollado en este trabajo trata sobre el proceso de emancipación argelino en el contexto de descolonización africana de mediados de siglo XX; para ser más precisos, el punto que se plantea y analiza en esta labor es el grado de sustentabilidad de la hipótesis que postula Frantz Fanon al decir que: “la muerte del colonialismo es, a la vez, la muerte del colonizado y la muerte del colonizador” (1).

La elección de este tópico se debe principalmente a que no sólo la historia sino también el resto de las materias que se brindan desde las instituciones académicas de nuestro sistema educativo, presentan, por lo general, rasgos esencialmente eurocentristas que se reflejan no solo en las temáticas abarcadas sino también en las perspectivas de abordaje. Acorde con esto, si bien creo que gran parte de los hechos y progresos más importantes y trascendentes de la humanidad se han dado específicamente en el continente europeo; también creo que hay acontecimientos que quedan al margen por el mero hecho de no haber sucedido en dicho continente y por lo tanto no ser parte de “La Historia Universal” como nos han hecho creer.

El abordaje de la temática a tratar sería incompleto en el caso de no recurrir –paralelamente con la bibliografía de carácter histórico– a algunos exponentes de la literatura argelina y árabe. Ambas condensadas en el aporte que representan las obras de Frantz Fanon y Mostefá Lacheraf respectivamente, autores en los que puede reconocerse un fuerte compromiso ideológico y humano con la causa internacional de la defensa del nacionalismo argelino y de los países árabes subdesarrollados.

Con el objetivo de alcanzar una mayor comprensión acerca de las categorías conceptuales que se manejan en este trabajo, Mosse hablará de la *misión civilizadora y espiritual* del nacionalismo francés de principios del siglo XIX, al referirse a las peculiaridades de un expansionismo caracterizado por llevar: la promesa del desarrollo, la idea de Razón inspirada por el Iluminismo, el cristianismo y la idea de libertad. Por otro lado, más allá de las perspectivas más objetivas o subjetivas de los autores, lo que se sostiene como base común a la hora de referirse al *proceso de asimilación*, tanto para Fanon como para Balandier, es la referencia a las acciones que la potencia dominante lleva a cabo para, introduciendo sus costumbres y rasgos culturales en la sociedad colonizada, poder suavizar las ásperas relaciones de dominación mediante el reconocimiento de rasgos culturales análogos que fueron impresos mimetizando la cultura colonizada a la cultura del ocupante. Finalmente, cuando Balandier hable de *dependencia positiva o activa* apuntará a resaltar la transformación que se produce en la mirada de los argelinos sobre la situación social colonial. Pasando de una *dependencia negativa o pasiva* que solo encontraba una salida en el plano del imaginario utópico, a un reconocimiento consciente del colonialismo como generador de desventajas que solo pueden tener su contrapartida en el plano material.

La particularidad quizás más notable de la colonización argelina es el haber comenzado más de cincuenta años antes de la Conferencia de Berlín que, recordemos, estableció mediante una repartición “de escritorio” –sin tener en cuenta los espacios físicos que ocupaban poblaciones tribales o accidentes naturales a la hora de fraccionar el territorio– los límites sobre las tierras africanas que le correspondían colonizar a cada potencia europea. Saciando así la sed de un mercado europeo que buscaba

salidas para sus productos manufacturados mediante la expansión territorial, creyendo que con ello se evitaría otra crisis de sobreproducción como la que azotó a Europa en 1873. Si bien desde este momento los historiadores del colonialismo dicen poder reconocer una relación dialéctica entre las necesidades del sistema económico capitalista y el imperialismo colonial, los móviles decisivos del expansionismo europeo fueron también políticos, diplomáticos y estratégicos. Lo que no deja de implicar que en su primera etapa el colonialismo haya sido una empresa de desposeimiento material meramente extractiva que dejaba a la sociedad colonizada alienada de sí misma.

Más allá de la paradoja que pueda significar que en 1830 Francia haya ocupado Argelia tomando posesión de su territorio (2) en pos de lo que Mosse reconoce como la misión civilizadora y espiritual que caracterizaba el nacionalismo francés de la primera mitad del siglo XIX hasta 1870 (recordemos que la derrota en la guerra franco-prusiana despertó exacerbados sentimientos de violencia revanchista en Francia que se vieron canalizados en una segunda etapa expansionista del imperio), en Argelia durante más de un siglo nunca cesó por completo la resistencia árabe. Sin embargo, no fue sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial cuando los países africanos –reconociendo que la Segunda Gran Guerra había debilitado las fuerzas de los países colonizadores– intensificaron sus reclamos de manera pacífica o violenta con la intención de expulsar al ocupante y alcanzar su independencia.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Francia demostró con su derrota y ausencia en la región del noroeste africano –debido a la ocupación alemana de su territorio desde 1940– que la eficacia que había caracterizado su rígido sistema de control económico y político (gracias a numerosas poblaciones de colonos radicadas desde 1870) sobre Argelia estaba desapareciendo, haciendo peligrar la conservación del imperio francés.

Desde 1925 hasta 1953 puede reconocerse un período de agitación campesina. Pensando en términos de las consecuencias de la gran depresión –producto de la Crisis del 30– que sufrió el Tercer Mundo, los precios de los productos primarios que exportaban las economías dependientes cayeron mucho más que los productos manufacturados que exportaban los países industrializados. De aquí que en el caso de Argelia considerando el alto porcentaje de su población que pertenecía al campesinado, los reclamos hayan tomado forma de manifestaciones masivas, en términos de lo que Balandier llamara dependencia positiva o activa, provocando así un rechazo a la ocupación que se vio materializado en sabotajes y atentados contra las fuerzas francesas.

Desde temprano Francia ya mostraba su decidida intención de conservar el imperio. Hablando desde principios de la década del 60 Fanon afirmaba que al fin y al cabo “Durante 130 años la conciencia nacional francesa se ha elaborado a partir de un principio de base simple: Argelia es Francia” (3). Con la intención de reforzar el *proceso de asimilación* que Francia venía llevando a cabo en sus colonias, en 1946 la IV República francesa decidió que los Departamentos de Ultramar –entre ellos Argelia– constituyeran junto a la Francia metropolitana la Unión Francesa. La cual convirtió a los argelinos en ciudadanos franceses con iguales derechos civiles que los franceses oriundos de la metrópolis. Fanon llegó a ver en ello una imposición a la población, que sintiéndose enajenada de su verdadera identidad, percibía peyorativamente sus características raciales y culturales.

Argelia fue dominada por un régimen de administración directa con un control implacable llevado a cabo mediante las fuerzas de seguridad que se encarnaron en una ocupación militar permanente y una potente estructura policial. Lacheraf señala una serie de datos que resultan ser una contribución bastante interesante si se quiere pensar en las condiciones sociales previas a la lucha revolucionaria contra el sistema colonial. Los datos han sido tomados de una fuente oficial francesa y corresponden al año 1950. Para este año alrededor de 6.300 colonos franceses cosechaban por igual valor que todos los agricultores argelinos juntos, que eran alrededor de 532.000. “¿Por qué?: porque los 25.000 colonos franceses poseían 2.720.000 hectáreas (de las tierras más fértiles) y los agricultores argelinos 7.672.000 has (de las tierras más desérticas)” (4). De 2000 funcionarios que integraban el Gobierno general de Argelia solo 8 eran argelinos. De los 4 millones de jóvenes argelinos, 3 millones estaban desocupados, 400.000 vagaban por las calles y solo el 19% de los niños recibía enseñanza escolar. La crisis de escolaridad era aún más grave cuando se ve que solo 1 de cada 15.342 habitantes alcanzaba a recibir enseñanza superior. Los jóvenes argelinos debían cumplir con el servicio militar obligatorio en el Ejército francés, recordemos que –quisieran o no– por derecho eran ciudadanos franceses. La salud pública contaba con un sistema de 1.850 médicos, 660 obstétricas, 26.037 camas y 129 hospitales para una población de 10 millones de habitantes. “El 50% de los niños argelinos fallecía antes de los cinco años, debido a una alimentación deficiente y falta de atención médica [...] en cuanto a la alimentación mientras el pueblo colonizado recibía diariamente solo 1.500 calorías, el francés de Argelia recibía 3.000 calorías” (5). Los ocupantes concentraban en su poder el 85% del potencial económico de Argelia y no olvidemos que las minas y las explotaciones mineras eran propiedad del Estado francés.

El 1º de noviembre de 1954 se convirtió en una jornada bisagra para la historia argelina. Ese día grupos nacionalistas que estaban divididos se unieron y organizaron sus fuerzas bajo la formación de guerrillas radicalizadas e iniciaron en Argelia una acción armada que se planearía desde la clandestinidad y motivaría arduos años de enfrentamientos y combates contra la dominación

extranjera.

Considerado el estandarte de la revolución en ese país, el Frente de Liberación Nacional argelino (FLN) había salido a la luz dando inicio a la Revolución Argelina.

Pensando desde el marco de bipolaridad que caracterizó la segunda posguerra, Benz señala cómo ante el retraimiento de las potencias coloniales europeas durante la Segunda Gran Guerra se “dejaron en Asia y África zonas enrarecidas desde el punto de vista de la política hegemónica, en las cuales se esforzaba por ingresar la Unión Soviética, ya fuese a nivel estatal por medios diplomáticos, ya fuese en el ámbito ideológico valiéndose de la propaganda. Los puntos de partida para ello eran sobre todo los *movimientos de liberación nacional*” (6). El FLN argelino no fue la excepción y el socialismo se impregnó como ideología dominante del movimiento. Yendo en contra de lo que se podría imaginar, la mayor parte del financiamiento que sostenía al FLN no provenía de la URSS sino de Francia, donde alrededor de 500 mil trabajadores argelinos enviaban al país el 5% de su sueldo en forma de remesas.

Los tres puntos que mejor resumían el programa del FLN eran: acabar con la ocupación francesa, repartir las tierras entre los argelinos y hacer una política de democracia social.

La introducción del Islam –como cultura pero principalmente como religión– y el árabe –como lengua– tuvieron un profundo impacto en las poblaciones del norte de África por el siglo VII. El componente islámico se vuelve central en la comprensión de la revolución argelina si se lo percibe a la luz de la visión musulmana del mundo. Para el historiador Thomas Madden desde los tiempos del profeta Mahoma (fines del siglo VII): “El pensamiento islámico tradicional dividía el mundo en dos esferas, el Dar al-Islam (“territorio de la fe”) y el Dar al-Harb (“territorio de guerra”). El Dar al-Islam consistía en todas aquellas tierras directamente gobernadas por los musulmanes y sujetas a la ley islámica. El Dar al-Harb, que implicaba al mundo cristiano, constituía los sitios donde los musulmanes estaban obligados a emprender la *jihad* (guerra santa) contra los no creyentes [...] no cualquier guerra era una *jihad*. Esta solo podría ser desatada contra los no creyentes, aquellos que se negaban a aceptar al único Dios” (7). Aunque los cristianos eran considerados junto a los judíos como descarriados, pero no paganos (pues creían en el verdadero Dios sin reconocer a Mahoma como su profeta) dice Madden, “si ellos perseguían activamente o se oponían al Islam, también serían blancos legítimos de la *jihad*” (8). Ahora bien, si comprendemos el resurgimiento del Islam (con la potencialidad política que detenta como discurso religioso) en la coyuntura de una sociedad efervescente y abierta al llamado a la acción, quizás podamos encontrar la conexión directa que nos permita ver el papel que tuvo el discurso religioso en el fortalecimiento del nacionalismo árabe-argelino, a través del torrente de adhesiones que tuvo el FLN desde que inició su acción armada. El Islam, al considerarse como el elemento fundamental de la identidad del pueblo argelino, fue reivindicado por el FLN bajo la simbología de la *jihad*. Haciendo con ello que el triunfo de la revolución equivaliera al triunfo del Islam.

Como respuesta a la invitación que el FLN había hecho al pueblo argelino a sublevarse y despertar la conciencia de pueblo en armas (9), para 1960 el poder de arrastre de la guerra había hecho que más de 100 mil hombres y mujeres se pusieran a disposición de la guerrilla. Sin embargo, en Argelia “la clásica oposición entre el campo y la ciudad. Es la oposición entre el colonizado excluido de las ventajas del colonialismo y el que se las arregla para sacar partido de la explotación colonial” (10), por ello a pesar de que la mayoría de los partidos nacionalistas desconfían del potencial de las poblaciones rurales, son en gran parte los *fellah* (11) quienes inclinándose por los medios violentos deciden tomar las armas y pasar a formar parte de las filas del FLN. En Argelia “solo el campesinado es revolucionario [...] Para él no hay transacciones, no hay posibilidades de arreglos. La colonización o la descolonización son simplemente una relación de fuerzas” (12).

Los fenómenos estudiados a partir de teorías meramente externas muestran solo lo que puede apreciarse superficialmente. Aunque reconozco la validez de ello, creo resulta interesante lo que hace Fanon al caracterizar los espacios de resistencia de la sociedad colonizada desde su interior. Fanon establece las dinámicas que reproducen en el interior de la sociedad argelina el funcionamiento de respuestas reaccionarias a la asimilación, que logran –retomando un pasado encapsulado por la tradición y la resistencia al cambio– vislumbrar la ansiada libertad pre-colonial, que a través de la imposición de costumbres, nuevas escalas de valores y destrucción de las formas sociales autóctonas, intentaba por aquellos años ser modificada por el ocupante.

Cuando los sectores colonialistas dominantes percibieron el debilitamiento del control material sobre la colonia, abrieron un nuevo frente y entablaron un combate en el ordenamiento simbólico del campo cultural. “Cada vez que se trata de valores occidentales se produce en el colonizado una especie de endurecimiento [...]. En el período de descolonización, se apela a la razón de los colonizados. Se les propone valores seguros, se les explica prolijamente que la descolonización no debe significar regresión, que hay que apoyarse en valores experimentados, sólidos, bien considerados” (13). Esto es lo que lleva a Balandier a sostener que la resistencia a la situación colonial es primeramente de orden cultural y psicológico.

En este sentido es como Fanon reconoce en el rol de la *radio*, el rol del *velo* y el rol de la *familia tradicional*, una toma de conciencia por parte de la sociedad de que la batalla que se está llevando a cabo es una lucha sin cuartel en la cual se debe

ofrecer resistencia en todas las dimensiones posibles de la experiencia vital.

La emisora Radio-Argel fue por años considerada por los argelinos como un instrumento del ocupante para reconocerse como auténtico colono francés; ya que toda la información que proveía venía de Francia. La voz del ocupante equivalió para la sociedad colonizada a aceptar el dominio y la opresión. “La no adquisición de aparatos de radio por esta sociedad, refuerza precisamente la impresión del mundo cerrado y privilegiado de la información colonialista” (14). Por otro lado, el contenido racista de la radio explica la indiferencia y la resistencia del autóctono “la explicación se encuentra más bien en que Radio-Argel es vista por el argelino como si fuera el mundo colonial hablado” (15).

Si bien durante los primeros meses de la guerra el argelino intentaba organizar su sistema de información a través de la prensa escrita, mediante diarios de tradición anticolonialista, estos pronto fueron prohibidos. Desde entonces las noticias fueron brindadas en Argelia por diarios franceses como *L'Éxpress*, *France Observateur* y *Le Monde*. Estos difundieron noticias objetivas desde la perspectiva democrática francesa, noticias que por cierto representaban una amenaza al orden político del país.

Recién por 1955 las radios comenzaron a ser vendidas en forma masiva, ya que desde el Cairo y Siria las señales de radio empezaron a difundir los balances que los argelinos efectuaban sobre sus combates. Desde 1956 la radio cambió rotundamente su papel y se convirtió en el único medio de comunicación que permitía a la población estar en contacto con la revolución, este año es cuando “el radiorreceptor deja de formar parte del arsenal de opresión del ocupante”⁷. El programa *La voz de la Argelia combatiente* hizo que escuchar la radio implicara participar de la revolución. Ya que la posesión de un aparato de radio equivalía a una solemne declaración de guerra, la venta de radios y pilas fue prohibida de inmediato, al mismo tiempo que se interfirieron las ondas radiales para que la señal no pudiese seguir siendo escuchada.

La resignificación social de la radio a causa del arribo a ella de un discurso cuestionador del orden impuesto en la realidad local, aparte de traer implícito el fin del monólogo radial del ocupante; también le trajo al argelino sino esperanza al menos información desde sus propias percepciones.

“Cada velo que cae, cada cuerpo que se libera de la sumisión tradicional del *haik*, cada rostro que se ofrece a la mirada audaz e impaciente del ocupante, expresa negativamente que Argelia comienza a renegar de sí misma y que acepta la violación del colonizador. La sociedad argelina, con cada velo abandonado, parece aceptar el ingreso a la escuela del amo y decidir la transformación de sus costumbres bajo la dirección y el patrocinio del ocupante” (16). Como sabemos el poder simbólico y cultural del velo es un eje de clara distinción entre las mujeres de las sociedades árabe-musulmanas y las sociedades occidentales. Con la intención de modificar esta tradición tan arraigada en el modo de vestir, los franceses proponen despojar a las mujeres de su velo para conocer aquellos rostros que se mantenían ocultos. Para la tradición musulmana el ver a una mujer sin su velo en determinadas circunstancias puede ser algo vergonzoso e impúdico. Por ello, el mecanismo de asimilación que funciona por detrás de la acción concreta de develar a la mujer, puede ser entendido como una campaña simbólica de occidentalización que intenta subordinar la cultura y la tradición de la colonia a los valores del ocupante. Fisurando la tradición es como se lograría reconfigurar los hábitos culturales cotidianos de la sociedad. Para Fanon el significado verdadero de la revelación, implica atacar directamente al eje oculto que mantiene atónitos a los intelectuales colonialistas (antropólogos y sociólogos) que no logran reconocer el verdadero lugar que ocupa la mujer en el interior de la sociedad musulmana; ya que, detrás de la organización del patriarcado anacrónico que ven los occidentales existe una estructura matriarcal de base que se mantiene oculta y aislada para preservarse de los valores del ocupante. Por ello la contraposición que se produce en el choque de culturas fortalece la tradición y lleva a que sean muy pocas las mujeres que dejen de llevar el velo, reflejando una “actitud global que rechaza los valores del ocupante” (17).

La guerra ha cambiado a la sociedad argelina, en cuanto a que puede reconocerse el pasaje de una sociedad tradicional a una sociedad prácticamente en su totalidad involucrada con la cuestión de la liberación nacional. El planteo de Fanon al hablar de cambios en la conciencia de la sociedad argelina (reconozcamos que parte de su autoridad en este sentido proviene de sus conocimientos como psiquiatra) no resulta errado si percibimos cómo la revolución fue modificando paulatinamente los sistemas de valores, las costumbres y las formas de vivir en sociedad. Reconfiguración que afectó también a la institución primera de la sociedad, la familia.

Dentro del núcleo familiar el hijo se volvió el sujeto más propicio a defender las causas de la revolución, mientras el padre se muestra más reticente a aceptarlas. El conflicto se instala así en el interior de la familia y con el tiempo las discusiones sobre las defensas de posiciones opuestas se tornan extremadamente duras. Este antagonismo poco a poco se va quebrantando cuando el hijo –en su papel de militante nacionalista– inicia lo que Fanon llama el “adoctrinamiento del padre” (18). Que deriva en un cambio de perspectiva donde este redefine su postura cara adentro de la familia, integrando al joven y adoptando su modo de pensar, pero –por lo general– no de actuar como miembro del FLN. Claro que esto no siempre es así, pensemos que en ocasiones el joven escapa de su hogar porque no encuentra en su padre aval alguno para sus acciones. Resulta prácticamente imposible que

los jóvenes en su desarrollo, no hagan suyos resquemores que provienen de las desgracias de sus generaciones precedentes o de las carencias sufridas en el interior de una sociedad tan convulsionada por la guerra. La disgregación de la familia se hace evidente cuando se ve que hay padres e hijos enrolados en la guerrilla combatiendo en los frentes, al mismo tiempo que madres cargan solas con la responsabilidad de formar y mantener a sus hijos, mientras niños huérfanos se dividen entre el asilo que les brindan familias conocidas de sus padres o la calle. La brutalidad y crudeza de la guerra unió estas situaciones con la impotencia ante un panorama desolador, generando por una triste sumatoria de vejaciones y excesos entre los que se contaban amenazas de muerte, racismo, violaciones a mujeres, *ratissages* (19), represión, tortura metódica en interrogatorios (reconocido éxito de la división de paracaidistas), ejecuciones públicas y matanza de poblaciones enteras. Este conglomerado de hechos fue el detonante para que desde 1954 el odio al colonialismo aflorara tan desmesuradamente en la población argelina. El sufrimiento y el odio fueron los móviles sentimentales arraigados en la conciencia colectiva argelina que cohesionaron los diversos sectores de la sociedad bajo una misma conciencia nacional, que puso en el ojo de tormenta al enemigo común de la sociedad en su conjunto, el colonialismo francés.

La conclusión que puede sacarse del estudio de Fanon sobre estos tres elementos es que la cultura colonizada repliega sobre sí sus propios patrones culturales, reprimiéndose y ocultándose a sí misma frente a la expoliación sufrida en todos los sentidos a manos del colonizador. Balandier dirá al respecto que el avance de estas actividades clandestinas que conservan la originalidad de la cultura dominada alimentan un "autismo colectivo" (20) que la mantiene a resguardo. Balandier dirá también que "La liberación es primeramente liberación en el plano de la imaginación" (21), donde se da una "oposición pasiva" proclive encontrar un refugio en la utopía. Para luego dejar espacio a una "oposición activa" materializada: en lo político por los partidos nacionalistas, en lo económico por los sectores sociales de acuerdo con sus intereses y en lo sociocultural los movimientos por ejemplo de origen religiosos, como el Islam.

Cuando los valores reales de la cultura se retraen a una forma de vivir clandestina, el ocupante solo percibe en la situación de contacto lo que el ocupado quiere que perciba de las superficialidades de su forma de vivir. Este repliegue es lo que le permite a Fanon hablar de una autenticidad nacional, racial y étnica que luego reaccúa contra el opresor, configurando y conservando la subjetividad de lo que el considera será el "hombre nuevo" que nacerá como resultado de la revolución.

Con la guerra se restringió la venta de elementos de botiquín solo a personas que contasen con la autorización de la administración francesa, al mismo tiempo que se pidió a los hospitales una lista con los pacientes que ingresaban diariamente. Se establecieron puestos de control en las calles, donde se solicitaban documentos de identidad para permitir el ingreso a determinadas zonas con el objetivo de dificultar la circulación y los ataques de la insurgencia.

El terrorismo solo fue el inicio de la acción armada, por ello la huelga general fue el instrumento que encontraron los partidos políticos nacionalistas para movilizar masivamente a la población a su favor, introduciendo en las conciencias la noción de causa común a la nación. Las huelgas y manifestaciones masivas que cubrieron las calles fueron un reclamo de freno a la indiscriminada matanza de civiles que se venía produciendo, en gran parte por el uso indiscriminado del napalm por parte de la aviación francesa. Del otro lado, las barbaridades se multiplicaron cuando detonaciones de bombas y ataques suicidas con metrallas se dirigieron a toda institución que intentara imponer el orden en Argelia y a los espacios donde cotidianamente convergían multitudes de colonos civiles franceses (bares, mercados, etc.).

Al cabo de cuatro años iniciada la guerra el desgaste que sufría Francia era grande. Las finanzas de la economía se encontraban exhaustas ya que el monto de los gastos de la guerra en Argelia se elevaba a la suma de 800 mil millones de francos. A la par de esto, un clima de inestabilidad política caracterizaba la transición en Francia de la IV a la V República, dejando al país sucesivamente en manos de Edgar Faure, Guy Mollet, Borgès Mounoury, Félix Gaillard y finalmente en 1958 el general Charles de Gaulle, quien durante la ocupación nazi había liderado desde Londres el movimiento Francia Libre.

Teniendo en cuenta estas observaciones, no resulta extraño que ya por 1956 el ministro de ultramar de Francia (Gastón Defferre) formalizara en la Loi-Cadre un proyecto que vislumbraba la emancipación progresiva de las colonias africanas. Tratando de llevar a cabo un proceso paralelo en el que se le diera más autonomía a las colonias africanas y al mismo tiempo se permitiera a las élites nativas un acceso amplio a la administración local de sus países. La llegada al poder del general De Gaulle congeló el proyecto.

Para 1958 la crisis que atravesaba una Francia en transición tenía como agravante la situación de estancamiento en el frente argelino. Donde se encontraban coartadas tanto las posibilidades de las fuerzas armadas francesas de restituir el orden en Argelia, como las posibilidades del FLN de alcanzar por su propia cuenta la independencia del país.

La política de negociación de De Gaulle para con los nacionalistas argelinos causó cierto descontento llevando a que algunos colonos lo trataran como traidor y que algunos oficiales del ejército francés crearan la Organización Ejército Secreto (Organisation

Armée Secrète, identificada con las siglas OAS) oponiéndose a cualquier entrega de poder implementando un tipo de terrorismo pro-colonial.

En mayo 1961 se inician las conversaciones de Evian entre el gobierno francés y el gobierno provisional de la República Argelina. Conversaciones que llevarían en marzo de 1962 al Acuerdo de Evian, que suponían el reconocimiento de la independencia argelina. Una vez sometidos los acuerdos a referéndum en ambos países, los resultados indicaron que en Francia más del 90% y en Argelia más del 99% de los votantes estaban a favor de la independencia. Finalmente, el 3 de julio de 1962 Argelia conseguía su emancipación.

Queda sellado así el fin de “lo que fue la lucha de liberación argelina y no cabe recordarlo aquí, sino para decir en qué condiciones de empobrecimiento se encuentra un país al independizarse, un país que una terrible guerra de más de siete años y medio redujo al estado de ruinas, con 8000 villorrios destruidos, bosques incendiados, tierras inutilizables, un pueblo de sobrevivientes subalimentados o hambrientos, volviendo de los maquis, de los campos de concentración, una multitud saliendo de los *ghettos* de las ciudades coloniales. Un país cuyas instalaciones industriales fueron embarcadas con destino a Francia (fábricas, hospitales, bibliotecas, museos, etc.) o bien saboteadas o arrasadas por los miembros de las OAS. Una economía desequilibrada, una carencia total de cuadros administrativos, de técnicos, etc.” (22).

Al cabo del Acuerdo de Evian todavía quedaban algunas cuestiones importantes a tratar. La primera, los actos de sabotaje de la organización pro-colonial OAS, y la segunda, las luchas internas que se estaban produciendo en el seno del FLN. Estas luchas tendrán su fin provisional el 9 de julio de 1962 cuando el Ejército de Liberación Nacional, precedente del actual Ejército argelino, ocupó Argel y forzó un consenso de todas las fuerzas revolucionarias argelinas en torno a la figura de Ben Bella. Las confrontaciones internas, tanto dentro del ejército como dentro del FLN constituirán un hecho importante que se repetirá a lo largo de la historia reciente de Argelia y que tendrá como consecuencia más importante la sucesión de golpes de Estado.

La reforma agraria que se llevó a cabo en 1963 –expropiando todas las tierras de uso agrícola a los colonos– contribuyó a que para 1965 el 80% los colonos dejara Argelia.

En 1965 el gobierno constitucional encabezado por Ben Bella fue derrocado por un golpe de Estado llevado a cabo por Huari Bumedian y secundado por otros elementos pertenecientes al ejército. El golpe de Estado comportó la detención y encarcelamiento de Ben Bella y otros dirigentes del FLN. Entre las razones que llevaron a los militares a tomar el poder por la fuerza se cuentan: que el ejército no soportaba la subordinación de la esfera militar al poder político, que los militares temían perder el monopolio del control de las armas que habían conseguido al crear las milicias populares, que la reconciliación nacional implicaba la posibilidad de instaurar un pluralismo político amenazante al poder militar, que la dimisión del gobierno de militares cercanos a Bumedian le estaban restando peso político a sus decisiones.

La muerte de Bumedian en 1978 inauguró un proceso, que se extendió en el tiempo hasta 1988, y que fue percibido como la perestroika argelina. Este proceso acabó momentáneamente con una profunda crisis política, social y cultural.

Chadli Bendjedid fue elegido en 1979 jefe del Estado y secretario general del FLN. Entre las conquistas políticas más importantes de su administración se encuentra la apertura del sistema de partidos que pasó de un sistema de partido único liderado por el FLN a un sistema multipartidista (al menos durante el período 1989-1991). El multipartidismo nacido en 1989 se ha de contextualizar en un marco caracterizado por la crisis que invadía la economía y la sociedad argelina. La alternancia política y la posibilidad de pérdida de poder de las cúpulas burocráticas y militares que significaba un partido no progubernamental como mayoritario en el Parlamento desembocó en el golpe de Estado de 1992. Los militares argelinos justificaron la toma de poder por la fuerza diciendo que era un proceso de corrección democrática ante el peligro que enfrentaba la patria si los islamistas accedían al poder. Las potencias occidentales miraron con buenos ojos el golpe de Estado ya que evitaría otro foco de renacimiento islámico como lo fue en Irán la conducción por parte del ayatollah Khomeini de la revolución islámica iraní.

Los militares, ciertos sectores del FLN y algunos partidos laicos se encargaban de poner al frente del nuevo gobierno a Mohamed Boudiaf. Aunque el papel de Boudiaf como presidente de la república era simbólico, en realidad quien gobernaba era el Ejército. La voluntad de Boudiaf de poner fin a la corrupción le costó la vida en 1992. Liamin Zeroual lo sustituyó en su función entre 1994 y 1999.

El golpe de Estado de 1992 inició en Argelia una guerra civil que en términos oficiales se tradujo en un enfrentamiento entre el Estado argelino y las fuerzas islamitas. La puesta en marcha de un proceso de diálogo entre las fuerzas de oposición argelinas (ya sean islamistas o laicas) y el gobierno, dio como resultado entre sus puntos más importantes en 1995 la firma de la oposición y del gobierno a favor de la reorganización de los partidos políticos de oposición a partir de las presidenciales de 1999 y, en último lugar, el definitivo abandono de las armas por parte del Ejército Islámico de Salvación (EIS), que se produjo el 6 de junio de 1999.

El golpe de Estado tendrá importantes consecuencias en materia de derechos humanos. El estado de emergencia que se vive en

el país desde 1992 supone una limitación importante de los derechos fundamentales de la ciudadanía argelina. De esta manera, se agrava la crisis humanitaria que sufre la población argelina. Además, irá creando y reproduciendo una sensación de miedo entre la población civil, principal víctima de la guerra civil argelina. El espiral de violencia que se vive en el país se intensificará especialmente entre 1997 y 1998. Las violaciones de los derechos humanos cometidas por los actores del conflicto (fuerzas de seguridad del Estado y grupos armados islamistas) serán interpretadas por el gobierno argelino, en los últimos años, en clave de confrontación con un terrorismo definido como residual. La crisis humanitaria en Argelia tampoco tendrá respuesta desde el ámbito de la comunidad internacional y desde el ámbito político argelino la batalla política continuará estando en la lucha por la permanencia en el poder por parte de grupos consolidados (cúpulas militares, políticas y burócratas) con importantes intereses políticos, económicos y financieros en juego.

Si algo queda claro en este trabajo, es que la perspectiva fanoniana avala la hipótesis postulada; ya que, la mujer, la radio y la familia tuvieron según Fanon un papel trascendental en la revolución si se aprecian los roles desempeñados que ocuparon en el marco de las relaciones entre ocupantes y colonizados. Para Fanon, la Argelia post-independencia es producto de los hombres nuevos que reconocen la muerte del colonizado y del colonizador, porque fueron los hijos que durante la revolución se manifestaron como las fuerzas nuevas de la patria, que trastocando las antiguas relaciones tradicionales comenzaron la construcción de una sociedad argelina diferente al modelo que propone la cultura europea. Modificando la conciencia del pueblo argelino durante la guerra de independencia y permitiendo reforzar y remodelar los sistemas simbólicos de la cultura.

Desde otra perspectiva, Balandier señala que las “fallas” del cambio social producto de la revolución hacen que no se ponga de manifiesto el cambio radical que se había pensado ya que “no basta con decretar o proclamar el cambio para dotarse de todos los medios para efectivizarlo” (23). Debido a que existe una frontera de lo posible dentro de la cual la sociedad se transformará conforme a sus exigencias coyunturales. La premisa siguiente resume el pensamiento de Balandier al decir que “la revolución, tal como se la ha concebido desde 1789, no basta para hacer surgir una sociedad radicalmente nueva y duradera. La revolución actúa solo durante un tiempo para luego convertirse en vuelta a lo instituido, al orden preocupado por su propia conservación”¹⁸. El respaldo empírico de esta proposición se hace evidente cuando observamos lo que fueron las décadas sucesivas a la revolución argelina. Donde la pesada carga que encarna la herencia del colonialismo se hizo presente en la inestabilidad política, en la falta de solidez del sistema democrático -que se veía limitado en su progreso por una estructura política unipartidaria y al mismo tiempo amenazado por quienes detentaban el poder de las armas-, en el subdesarrollo económico, en una población que seguía sufriendo la subalimentación, en un alto grado de analfabetismo, en la falta de profesionales y en la búsqueda de los jóvenes de un futuro mejor fuera de las fronteras de su país natal. “Los países ex-dependientes, aun cuando han liquidado el período colonial, no dejan de seguir siendo países técnicamente subordinados: solo pueden asegurar su equipamiento económico recurriendo a las potencias industriales” (24).

El colonialismo como ocupación y dominación extranjera caracterizado en Argelia por un estricto control de carácter militar terminó en octubre de 1962 con el fin de la guerra y el retiro de tropas. Ahora bien, ¿implicó la migración de los colonos en los años sucesivos a la declaración de la independencia y el fin del colonialismo la desaparición de las figuras del colonizado-colonizador? Lejos de arribar a una conclusión simplista, creemos que la incógnita que se nos presenta va más allá de los límites que pueden encasillarse bajo la definición de uno o dos términos. Luego de haber declarado su independencia ¿no es acaso la subyugación económica a las potencias industriales un legado indiscutible de los años de dominación colonial? Siguiendo este derrotero Martínez de Carreras afirma que las colonias “mayoritariamente sólo consiguen la concesión de la independencia política, pero continúan en una situación de dependencia económica, a la que se aplica el concepto de *neocolonialismo*” (25). La iniquidad y la explotación que fueron caracteres distintivos de la etapa colonial, no pierden su vigencia durante el neocolonialismo, basta observar en términos económicos los niveles de crecimiento y los resultados astronómicamente diferentes que reflejan las balanzas comerciales para comprender la situación adversa en que se encuentra Argelia en comparación con un país industrializado como Francia.

Por otro lado, son más que sabidas las consecuencias que trae aparejada la inestabilidad política sobre el plano económico. Las reglas que rigen el mercado llevan a que los capitales internacionales antes de ser invertidos en países que sucumben ante potenciales riesgos políticos, busquen economías más seguras donde –aunque los rendimientos puedan llegar a ser menores– el mercado se encuentre amparado bajo cierto grado de seguridad jurídica, al mismo tiempo que el Estado respalde las inversiones con medidas económicas favorables para los grupos o corporaciones inversoras.

Aunque las figuras del colonizado y del colonizador al interior de la frontera argelina hayan desaparecido en 1962; si los papeles de estos se definen conforme al lugar que se ocupa en las relaciones sociales de dominación, en el plano internacional la dependencia –aunque sea estrictamente económica o política– sigue existiendo. Pues desde un aspecto teórico el lugar determinado dentro del mapa económico mundial que plantea la división internacional del trabajo, tiene a Argelia como

exportadora de materias primas de origen agrario, siendo esto producto de que en el país no se hayan llevado a cabo políticas de desarrollo industrial que hicieran propicio el desarrollo de nuevas etapas productivas que incorporaran valor agregado, con el fin de exportar los productos a un mayor precio como bienes manufacturados. Cosa que sí sucede en los países industrializados. Es decir que si bien en el plano de las relaciones sociales cotidianas al interior del país puede hablarse de la desaparición de estos dos prototipos (el colonizado y el colonizador), el abordaje a una conclusión al respecto de la hipótesis planteada se dificulta cuando pensamos en la posibilidad de que la nación colonizada se pueda haber convertido en el país neocolonizado. Que si bien no es lo mismo, a simple vista conserva al menos una característica común (la dependencia) que nos lleva a cuestionar seriamente las posibilidades de encontrar una ruptura categórica entre ambas formas. Pues estas formas —el colonialismo y el neocolonialismo— podrían responder tranquilamente a una evolución de las relaciones de sometimiento. Que, dejando de lado el poder de fuego de las armas intenta sostener la dominación bajo el disfraz de las normas naturales del mercado que exige el comercio mundial a través de las pautas del liberalismo, conduciendo a una expansión económica sin límites de las naciones industrializadas y condicionando con ello la independencia política de los países menos favorecidos por el librecambio. Siguiendo por esta vía, el interrogante evolutivo que se nos plantea es en torno a si el neocolonialismo, en lugar de poner como sujetos enfrentados al colonizado y al ocupante como lo hacía el colonialismo, no pone a países enfrentados conforme a sus niveles de desarrollo productivo. Aunque el presente trabajo tal vez haya dejado más preguntas que respuestas, mi intención no fue la de ir cerrando caminos de manera que necesariamente un tratamiento lineal nos permitiera arribar a una conclusión sólida. Sino más bien avanzar sobre una posible problematización de la temática desplegada, de manera que pueda servir de aporte inicial para un análisis mucho más complejo del que en este informe se realiza.

Notas

1. Fanon, Sociología de la liberación, Argentina, Editorial Testimonio, 1970, pág. 23.
2. Uno de los principios fundamentales legados por la Revolución Francesa proviene de la declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que engrandece en su artículo tercero el derecho de autodeterminación de los pueblos al señalar que: "La nación es esencialmente la fuente de toda soberanía; ningún individuo ni ninguna corporación pueden ser revestidos de autoridad alguna que no emane directamente de ella".
3. Fanon, Por la revolución africana: escritos políticos, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, pág. 92.
4. Lacheraf, Colonialismo y descolonización, Argentina, Editorial Tres Continentes, 1969, pág. 60.
5. Lacheraf, Colonialismo y descolonización, Argentina, Editorial Tres Continentes, 1969, pág. 62.
6. Benz – Graml, Europa después de la segunda guerra mundial 1945-1982, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pág. 271.
7. Madden, Cruzadas. La verdadera historia, Buenos Aires, Lumen, 2005, pág. 18.
8. *Ibíd.* pág. 18.
9. 1º de noviembre de 1954. Comunicado N° 1 del FLN: Hermanos argelinos: Ha llegado la hora de salir de la larga noche y de la gran miseria que durante 130 años la opresión colonial nos ha tenido sumergidos. El momento de la lucha se acerca. El objetivo es la independencia nacional. Para evitar un fatal y sangriento conflicto proponemos a las autoridades francesas una honorable base de discusión a condición de que ellas reconozcan nuestro pueblo el derecho de disponer de sí mismo. Argelinos uníos! Preparaos para la acción, el FLN hos llama a la lucha!
10. Fanon – Sastre, Los condenados de la tierra, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, pág. 103.
11. Campesinos pobres, desempleados, hambrientos y poco instruidos que no tienen acceso económico a prácticamente nada.
12. Fanon – Sastre, Los condenados de la tierra, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, pág. 54.
13. *Ibíd.* pág. 37.
14. Fanon, Sociología de la liberación, Argentina, Editorial Testimonio, 1970, pág.54.
15. *Ibíd.* pág.57.
16. *Ibíd.* pág. 26.
17. *Ibíd.* pág.28
18. *Ibíd.* pág. 81.
19. Literalmente: cacería de ratas, término utilizado por el ejército francés para calificar los asaltos a los barrios y viviendas argelinos.
20. Balandier, Teoría de la descolonización, Buenos Aires. Editorial Tiempo Contemporáneo, 1973, pág. 23.
21. *Ibíd.* pág. 22.
22. Lacheraf, Colonialismo y descolonización, Argentina, Editorial Tres Continentes, 1969, pág. 68-69.
23. Balandier, Teoría de la descolonización, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1973, pág. 260.
24. *Ibíd.*, pág. 28.
25. Martínez de Carreras, Historia del colonialismo y la descolonización (siglos XV–XX), Madrid, Editorial Complutense, 1992, pág. 82.

Bibliografía

- Balandier, G. Teoría de la descolonización. Buenos Aires. Editorial tiempo Contemporáneo (1973).
Benz, W. - Graml, H. Europa después de la segunda guerra mundial 1945-1982. México. Fondo de Cultura Económica (1986).

Chamberlain, M.E. La descolonización. España. Editorial Ariel (1997).
Fanon, F. - Sartre, J. P. Los condenados de la tierra. México. Fondo de Cultura Económica (1965).
Fanon, F. Sociología de la liberación. Argentina. Editorial Testimonio (1970).
Fanon, F. Por la revolución africana: escritos políticos. México. Fondo de Cultura Económica (1973).
Lacheraf, M. Colonialismo y descolonización. Argentina. Editorial Tres Continentes (1969).
Madden, T. F. Cruzadas. La verdadera historia. Buenos Aires. Lumen (2005).
Martinez de Carreras, J. U. Historia del colonialismo y la descolonización (siglos XV–XX). Madrid. Editorial Complutense (1992).
Mosse, G. L. La cultura europea del siglo XIX. Barcelona. Editorial Ariel (1997).
La Batalla de Argel. Film dirigido por Gillo Pontecorvo (1966).
<http://www.solidaritat.ub.edu/observatori/esp/argelia/marco.htm?pagina=../datos/stma-politic0.htm&marco=frame1.htm>

MARTÍN DANIEL CAFIERO

Nació el 22 de enero de 1988 en Buenos Aires. Hizo el primario y el secundario de orientación comercial en el Colegio La Providencia del barrio de Constitución. Desde los 8 años hasta la actualidad formó parte del Batallón 3 de los Exploradores Argentinos de Don Bosco. En 2006 comenzó la carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires; este año concluyó el tercer año.